



*La tenacidad de una raza encuentra también testimonio en la constancia de la japonesa trabajadora.*

ser humano y femenino; pero su educación es diferente. Aquí está todo el problema. Su educación es diferente. Está educada esmeradísimo por la familia, por el Estado, más que para nada, para ser una esposa modelo y una madre excelente.

La sociedad japonesa ordena obediencia ciega a las mujeres: primero, a los padres; después, al marido. Y esta obediencia, que es cumplida no con suspiros, sino con amables sonrisas, este entregamiento, que es abnegación y servidumbre, que es amor y veneración por el esposo, centro y eje de la familia japo-



*Con sus típicos y bellos «kimonos», frente a un puesto de periódicos, novelas y postales.*



*El paseo bajo la incomparable y florecida vegetación del Japón, «a la sombra de las muchachas en flor...»*

nesa, que sólo considera merecedores de culto y honra religiosa a los antepasados por línea paterna, es la base de la moral del Imperio japonés. Sobre esa mujercita resignada, o, mejor dicho, sobre esa mujercita que nunca ha sido sorprendida gesticulando resignación y paciencia, se funda y prospera la moral que hace impetuosos y valientes a los japoneses y que los lleva de victoria en victoria.

De antiguo es conocida en el Japón la trascendental importancia de esta obediencia, que es mantenida en la actualidad por la religión y el Estado, conformes siempre en lo que dijera a principios de siglo el jefe budista japonés a un Chamberlain extraño: «La subordinación de las mujeres a los hombres es una costumbre extremadamente correcta. El predominio del hombre sobre la mujer es la gran ley del cielo y de la tierra. Ignorar esto y sostener lo contrario es un absurdo».

La mujer japonesa es la fiel servidora del esposo, que encuentra la vida agradable a su lado, al lado de la madre de sus innumerables hijos, de esa madre que es la más maternal de todas las madres, al lado de esa esposa, que por ser madre, si se muere, trata de retenerla a su lado musitándole en su oído de muerta el dulce nombre del hijo postrero.

Y esta mujer que obedece a todos: a sus padres, a su marido, a la madre de su marido, ejerce, a su vez, una influencia y una autoridad sin límites sobre sus hijos. La que le da todo el amor, todo el cariño que pone en ellos, que para todo se confían a la madre. Confianza filial que se presta a la más desinteresada de todas las influencias. A la influencia materna, a la influencia de las madres, que fueron educadas cuidadosamente, antes de serlo, para tan noble misión. Y de esta confianza que pide consejos, consejos que son órdenes, por gracia de la autoridad materna se vale el Gobierno japonés para forjar soldados, funcionarios, intelectuales y obreros patriotas siempre prestos a sacrificarse impulsados por el «tyu to», por la Patria, por el Tenno. El Gobierno japonés aprovecha esta obediencia escalonada para sus altos fines políticos, y para aprovecharla mejor dedica a la mujer al hogar y crea las «Hanayome Gakko» (escuelas de esposas), en las que las «musumés» adquieren, después de haber cursado la primera y segunda enseñanzas, la sabiduría de las amas de casa, madres de familia.

En estas escuelas las japonesitas cursan materias consideradas como prácticas que tratan de urbanidad (preconizada por el Bushido), de disponer artísticamente

las flores (flores que apenas huelen, mas los japoneses, que casi no tienen olfato, sólo se preocupan por su color y forma, que saben combinar magistralmente), y de cocina y costura. Se siguen también en las escuelas de esposas las llamadas asignaturas espirituales, que son: danza japonesa, ceremonial del té, caligrafía, bordado y música. Las japonesas han de saber pulsar el «samisen», que es una especie de laúd, «koto» (arpa), «shakuachi» (flauta de bambú); han de saber, en fin, manejar algún instrumento nacional, además de otro cualquiera europeo.

Pero lo que se practica con más empeño en las «Hanayome Gakko» son los deportes, especialmente los marítimos, y el de la lanza «Naginata», deportes que, fortaleciendo los miembros de las futuras madres, darán a la Patria súbditos robustos. Mas lo trascendental y esencial de estas escuelas está en que inculcan a las japonesas ética y moral y, sobre todo, veneración a la Casa Imperial y amor a la Patria.

Y las japonesas aman y sirven a la Patria igual que a su familia, uniéndose en agrupaciones que prestan servicios voluntarios y gratuitos a los organismos del Estado japonés. Estas agrupaciones cuentan con trece millones de afiliadas, es decir, cuentan con cerca de la mitad de la población femenina.

Dos son las Sociedades femeninas más importantes. Una, la «Aikoku Fugin Kai» (Unión Patriótica Femenina), fundada en la guerra ruso-japonesa, dispone de cinco millones de afiliadas que están al servicio del Ministerio del Interior; la otra, «Kokubo Fugin Kai» (Unión Nacional Femenina), cuenta con siete millones de adheridas, que trabajan para los soldados agregadas a los servicios del Ministerio del Ejército.

La familia, la madre, primero, y luego la escuela y el Estado, educan a las muchachas niponas preparándolas para el matrimonio, haciendo de ellas madres que, siendo buenas, sabrán exigir a sus hijos, si es menester, la sangre que ellas les dieron a mamar en los tranquilos días de la puericia, y que necesitan para dar lustre al rutilante crisantemo que ya brilla en Shonanko, la Singapur militar y marinera de los anglosajones.